

Flores Gordiales



Se publica los domingos.

ANTONIA CACHAVERA

Biblioteca Regional de Madrid

15 céntimos.

¡¡¡LEED!!!

¡CINCO PESETAS

POR QUINCE CENTIMOS!

Los señores que encontraron las erratas á que nos referíamos en nuestro número del día 10 del actual, son los siguientes:

D. Fernando Irigoyen, de Calatayud; D. Rudesindo de Lope y Sartorius, piloto de la Marina mercante; D. Salvador Arenas Pedrero, guardia civil; D. Nicolás Rentero Labadía, carabinero.

Los dos primeros han dejado la cantidad para pago de suscripción. A los restantes se les ha remitido libranza.

¡CINCO PESETAS POR QUINCE CENTIMOS!

¡¡Á CASARSE!!

Dos jóvenes franceses que acaban de terminar en París, uno, la carrera consular, y el otro la de medicina, desean casarse legalmente con mujer española.

Llegados á Madrid exclusivamente para contraer matrimonio.

Sólo se requiere buena fisonomía y regular educación.

Escribid á este periódico mandando antecedentes y retrato.

ABSOLUTA RESERVA

COLEGIO HISPANO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

BARCO, 21, 2.º

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.º (esquina á la Puebla).

Flores Cordiales

Redacción y Administración:
San Andrés, 19.

SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

==== Apartado de Co-
rreos, número 48. ====

GERENTE: R. LÓPEZ MORA  DIRECTOR: GONZALO DE QUIRÓS

MI PARÁCLETO



Desconfío mucho de los escritores que se presentan ante el público con la máscara de un seudónimo. Antes que la hora de la notoriedad les llegue y el público se entera de quién es el Juan Rodríguez ó el Antonio Fernández respectivo, suelen pasar muchos años, y, las más ve-

ces, el pobre hombre se queda entre sombras y en perpetuo é irremediable olvido. Este incurable prejuicio mio se acrecienta cuando el seudónimo se emplea para realizar una labor de crítica.

Con tal antecedente no he de decir el recelo con que abrí y comencé á leer un libro, que desde la sin par Valencia ha llegado á mis manos. Titúlase *Florilegio Modernista* y lo firma el Doctor Tiquismiquis. ¡El Señor de cielos y tierra le pague y le premie la buena hora que su prosa flúida y amena, castiza y llana, me ha proporcionado!

En las tierras de panllevar de nuestra literatura se echa de menos la labor de un crítico. Desde que murió *Clarín*, y aun desde un poco antes, porque el preclaro ingenio se sintió tentado en sus últimos años de peligrosas misericordias, no tienen nuestros escritores el temor de ser zarandeados y puestos en solfa. Muchos creen que esto es un grande beneficio para todos, debiendo ser el público que lee el único juzgador de las obras literarias, fallándolas con su sentencia inapelable de leerlas ó no leerlas. Si á este razonar nos atenemos, preciso será reconocer que el público adopta siempre ó casi siempre la heroica resolución de no leerlas.

En cambio, la labor del crítico no sólo es estímulo y acicate para los escritores, sino que crea en derredor de la producción literaria un ambiente de lucha y de pasión, del que carecemos hoy totalmente. Aun el error

y la injusticia, cuando el crítico los comete—que al cabo es hombre de carne y hueso, y no papa infalible—, contribuyen á interesar más al público en el conocimiento y trato asiduo de la vida literaria. Entonces la polémica surge, y el lector la sigue atento. En España, ahora parece que todo lo tenemos discutido y resuelto y sabido y que no hay problema de estética que merezca la pena de que dos escritores anden á la greña. Se ha apoderado de todos nosotros un pecaminoso afán de complacencias y bondades. El *botmo* anda suelto y sin pudores por esas columnas periodiqueras de Dios y del diablo, y si no llegamos á proclamar genio á ninguno de nuestra generación es porque todos nos medimos á la par: todos insignes, todos ilustres, todos maestros. Así, en el público hay un gesto de fastidio y una realidad de indiferencia que no logran vencer las más absurdas extravagancias.

Pensando de esta suerte, es lógico que yo aplauda con todo entusiasmo el libro *Florilegio Modernista* que desde la sin par Valencia ha llegado á mis manos. Es un libro de crítica, si no tan valiente como yo lo deseara por razones de pública salud intelectual, lo bastante para que alborote unos días los gremios literarios, que diría Don Antonio Maura si en lugar de ser político, fuese uno de los nuestros. El autor de ese libro no es un novel escritor despechado de ajenas notoriedades. Por la enjundia de su pensamiento y de su estilo se adivina en él á un hombre de más que mediana edad, ducho en viejas lecturas, avezado al trato y comunión de nuestros abuelos y nuestros bisabuelos clásicos. Ese libro es una obra de misericordia, como lo es de higiene remover el agua de los estanques y las charcas para que no se corrompa. Quien de tal modo escribe tiene derecho á que el público le lea y le juzgue, y quien tal libro publica, queda obligado á no dejar la crítica en el punto de su índice, sino á seguir haciéndola en periódicos y revistas, con más valentía aún y con tenacidades y sacrificios de redentor.

Dionisio PÉREZ.

LOS PERIODISTAS ILUSTRES



Martín Lorenzo Coria, director de «El Globo».

MARTIN LORENZO CORIA, DIRECTOR DE «EL GLOBO»

A Martín Lorenzo Coria
—que es hoy, dirigiendo *El Globo*,
lo contrario de aquel bobo
de que nos habla la Historia,
puesto que es indiscutible
que se necesita ciencia,
tacto, valor y prudencia
para ir en un «dirigible»—
le conocí en Barcelona.
Me enseñó el *Salón de Ciento*
que hay en el Ayuntamiento,
donde su ilustre persona
hacia de «mayordomo»,
que es como «oficial mayor»;
¡con que á ver si este señor
tendrá tanto así de romo!...

Coria es un gran periodista
muy ilustrado y muy listo;
de los más linceos que he visto,
aunque anda mal de la vista;
y, además, un caballero
que es (no lo toméis á insulto
para los curas) más culto
que los del *Idem* y Clero. .

No está bien que yo lo diga,
pero tengo el alto honor
de ser colaborador
de *El Globo*, porque me obliga
Coria (quien hace otro tanto
con otros «mil del oficio»)
á que le preste un servicio
por Jueves y Viernes Santo;

pues, siendo Don Martín fiel
de *El Globo* á la tradición,
me hace echar á algún sermón
unas gotitas de hiel...

Yo soy de *esos* que dan «palos»
anualmente á los señores
clérigos predicadores,
porque me parecen malos;
y *he hecho* algunos sermoncitos
que me harán ir al infierno,
condenándome al eterno
padecer de los precitos...

Y aquí, lector, pongo fin
á esta semblanza, pues ya
que hablé de un Martín ¡me ha
llegado mi San Martín!

Carlos MIRANDA.

EL DULCE BELLOTEO

El ferrocarril de El Pardo ha dado al traste con los encantos de la vieja costumbre madrileña de ir á coger bellotas al vecino monte, propiedad del rey.

Aún quedan muchos aficionados, fieles á la tradición y aferrados á la costumbre, que haciendo desprecio del progreso, se encaminan *pian pianito* á las primeras horas de la madrugada del día de San Eugenio, decididos á no dejar una bellota colgando en la vasta posesión real.

La fiesta es eminentemente popular, cuasi clásica, y de un marcadísimo sabor republicano, porque causa grandes desperfectos en el Real Patrimonio; ¡cuántos impetus republicanos se han mitigado vareando estas encinas! Pero ha perdido mucho de su pureza, dados los actuales medios de locomoción.

El tren y los autobús, aparte de los automóviles propiedad de madrileños netos, y de las jardineras ocupadas por madrileñas castizas, han desvanecido mucho el color pleno que antaño tenía la fiesta.

Los encantos de la excursión consistían precisamente en irse *pedibus andando*, y aunque cayesen capuchinas de punta—permítaseme que cambie el sexo de la lluvia—, provistos de merienda frugal, contando con hallar allí el postre en abundancia, grandes cantidades de vino y un saco de harpillera vacío, capaz á contener, cuando menos, unas cinco arrobas del fruto apetecido, para regresar con él bien repleto y en sus propios espaldares.

Antiguamente, esto era una *gran diversión* para los romeros, y el prurito de ver quién acarreama más, *harto pesado*; y, sin embargo, libráreles á ustedes el mismísimo San Eugenio de decirles que aquello no era divertirse, como de negarles que las bellotas eran dulces.

Discutiendo estos dos extremos sobre el terreno, he presenciado yo reyertas formidables.

Yo he ido muchas veces á El Pardo el día de San Eugenio, pero juro que no he ido á coger bellotas ni á comerlas; he ido, como fiel cronista, á recoger una impresión para reflejarla luego como mejor pudiera, y, hela aquí:

Los excursionistas trabajan como negros desde que Dios amanece; unos trepan temerariamente hasta lo más alto de las encinas, y desde allí agitan las ramas del adusto árbol, para que caiga el fruto en lluvia copiosa sobre el rostro del que desde abajo hace la recogida, con el natural asombro de lo pródiga que es la Naturaleza, en bellotas sobre todo.

Como la cosecha es abundante, la recolección se ve-rifica en la mayor fraternidad, aunque se trate de recolectores extraños, desconocidos entre sí

Ocurre algunas veces que los agitadores encaramados hacen su ruda faena tan acaloradamente y con tanto entusiasmo como si fueran ellos mismos los que fabrican las bellotas, que pierden su apoyo, y se vienen al suelo como una de tantas; y no sé, no sé qué decirles á ustedes; pero me parece que debe de ser muy desagradable caerse desde lo alto de una encina cuando el suelo está sembrado de bellotas, admitiendo la posibilidad de que algunas hayan quedado de punta.

Los buenos *belloteros* hacen un desprecio olímpico de estos accidentes y otros que puedan surgir; aunque con ellos adquieran lesiones graves, ante la abundancia del botín; y es maravilloso el ver con qué estoicismo contemplan sus talegos atestados de bellotas, mientras ellos se desangran por tres ó cuatro sitios.

Estas costumbres tradicionales, ó se sienten ó no se sienten.

Lo peor de la jornada no consiste en lo peligroso y arriesgado de la labor hecha durante el día, sino en que después de haber cogido muchas, muchísimas bellotas, se pecatan de que hay que transportarlas personalmente unos doce ó catorce kilómetros por carretera *real*, porque, como digo al principio, si el acarreo no se hace á hombros la cosa *no tiene gracia, le falta su salsa*.

Empero, tampoco es esto lo peor de la jornada, porque aún hay más. Cuando ya han vencido penosamente los catorce kilómetros con las catorce arrobas de peso, se encuentran con que los vigilantes del fiolato les quieren obligar á pagar derechos de entrada, ó les decomisan la mercancía, y aquí es donde los romeros empiezan á hacer unas ausencias del Santo del día, que no hay para qué transcribir.

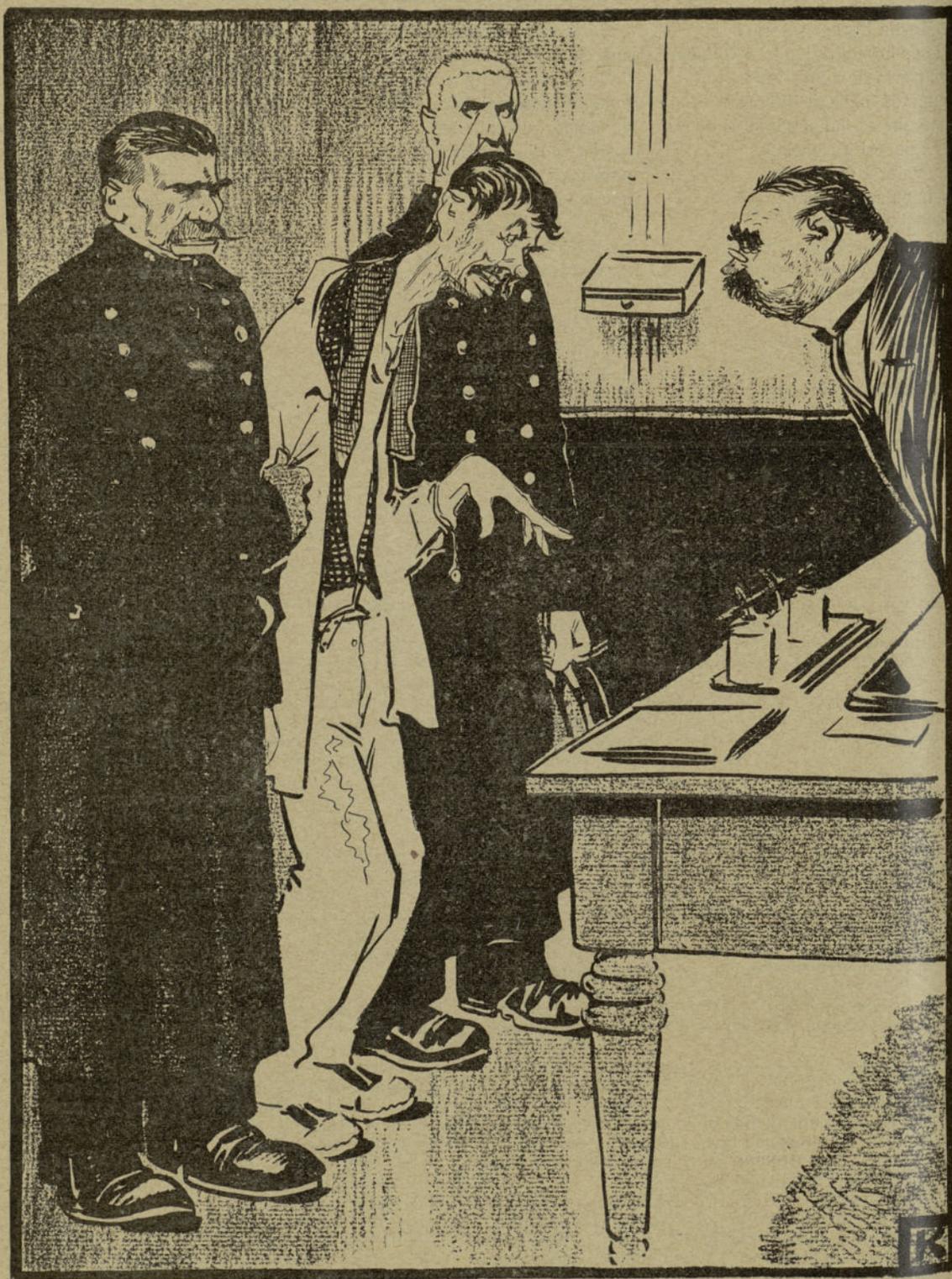
Sí, sí; este año y el año pasado he visto hombres como castillos, que lloraban ante los dependientes de la Arrendataria de Consumos lágrimas mucho más gordas que las bellotas, y hasta puede que más amargas.

Este año, si hubieran sido listos, se hubieran ahorrado el viaje y el pago de entrada, porque había bellotas en el interior de la población, aunque la línea fiscal.

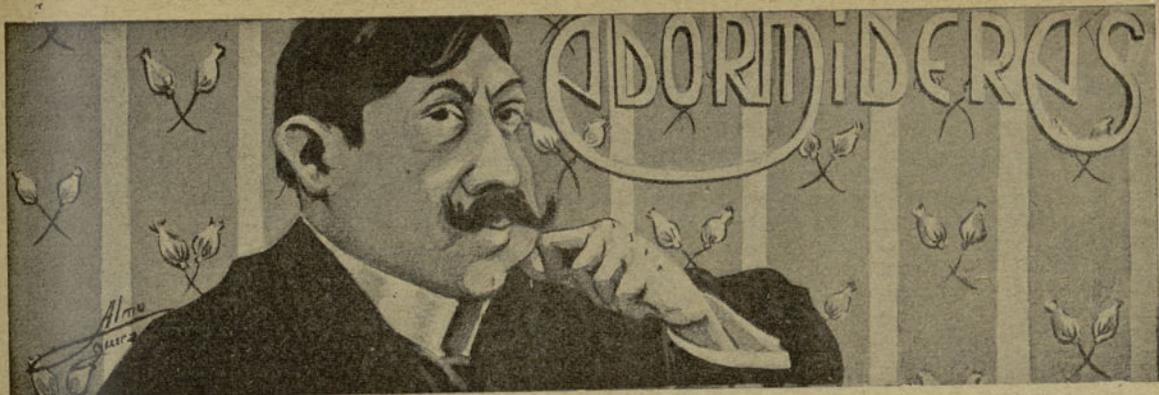
Con irse al Senado y menear un poquito á Rusiñol hay para cebar todo el ganado de cerda nacional y para llenar en colmo los sacos de todos los romeros al monte de El Pardo.

¡Palabra de honor!

Félix MENDEZ.



—¿Es decir, que encima de emborracharse, ha entrado usted en una taberna en domingo?
—Yo le juro á usted, señor empresario, que eso es una *falsedaz*; yo no he pisado hoy la taberna, ni ná. Esta *merluza* la tengo yo en mi poder desde el viernes al medio día.



Al arrullo de Pichon se han retirado de Casablanca los buques franceses.

Pichon dice, según despachos de París, que la situación normal de Casablanca vuelve, gracias á las tropas del general Drude, «pues las fuerzas españolas gravitaron sobre el sueño de la raza que le es *afin*».

Si de sus soldados mira atento los calzoncillos, verá que también *afines* del *pichoncete* ministro, resultan los vencedores á trueque de *palominos*.

* *

El señor Llabería regresó de la ardiente morería. Se dirigió á Rabat, de extraordinario é investido de pleni-potenciario. El que quiera salir de allá triunfante, lleve pleni-potencia por delante.

* *

Madame du Gast ¿quién no se acuerda de madame du Gast? es mujer de mundo.

Hábil nadadora, aunque guarda mal la ropa; aeronauta; caza, afinando mucho la puntería; monta y viceversa, y además dicen que tira de primera.

Pues bien; madame du Gast se fué á Holanda en tiempos de la Conferencia de la Haya, y ahora regresa á su país.

¿Qué objeto tendrá el viaje de la singular madama?

¿A qué se dirigió allí?

No es suposición malsana, pero presumo que fué á buscar piezas de Holanda.

* *

Ustedes no saben que además del Gobierno Maurá tenemos otro de cocheros.

Pasad cualquier día de Consejo por la calle de la Lealtad, y detenéos ante la puerta del presidente. A la entrada veréis ocho sombreros galoneados que danzan por el aire.

Allí corretean alegremente los ocho automedontes del Gabinete conservador, mientras dentro los gobernantes desarreglan más el cotarro español.

Es un verdadero coceo ministerial.

—Oye, Marina, no metas los remos, que te atizos *manguzás*. — ¡Anda, La Cierval — Tú, Estado, saca la petaca. — Fomento no fuma. — ¡Gracia, arrímate *pa cá!* — Instrucción, suénate los mocos. — Hacienda, págate cuatro copas...

Respingos, manotadas y léxico movido.

Siquiera son de condición alegre, cosa que acaso al pueblo conviniera. Voto porque abandonen el pesebre. La fusta el amo, y ellos la cartera.

* *

El alemán Brand, que acusa al canciller Bülow de hechos contra natura con el consejero Schofer, su compañero inseparable, es defensor del homosexualismo y miembro de la sociedad filosófica «para mejorar las costumbres del arte de la vida».

Así el *Heraldo* lo cuenta recogido del telégrafo.

¡Qué fresco el tal Brand, recristo!
¡Ay, qué lástima de miembro!

* *

Porteriormente he leído que el Consejo de Instrucción primaria de Berlín hase visto obligado á cerrar tres escuelas y siete clases del centro por falta de chicos.

¡Claro!

¡No se hacen blancos disparando por la culata!

Se hunde del mar germánico la poderosa flota.

Hundida sin remedio, hundida por la popa.

* *

Oí á Cavestany en el Salón de Conferencias del Congreso:

—El mundo se halla invertido: los locos hacen de cuerdos; los sensatos, de locos; las mujeres hacen de hombres; los hombres *hacemos* de mujeres...

¡Eh, alto ahí! Eso lo hará usted. ¡A ver, que lo registren!

* *

Las tiples procesadas son la Cachavera, la Méndez y la Pepita Sevilla, *bocatos di obispi*.

Aplicando el silicio, la Audiencia, de las tres, acuerda el *juicio*.

La diosa del placer hizo el juicio perder á las chicas cantantes, de formas aplastantes, de mirar picaresco

y de seno ideal, fresco, muy fresco; y el recto juez que á Themis enamora, meterles el juicio quiere ahora.

Gonzalo DE QUIRÓS.

PALOMAS ERRANTES

Como el verano, el invierno obliga á viajar. La gente rica, hastiada del revuelto vivir de las grandes urbes, prepara sus equipajes y busca en los valles del Mediodía ó en los pueblos mediterráneos refugio seguro contra los primeros fríos. Y entonces es cuando Montecarlo y Montpellier y Niza la encantadora, despiertan con despertar aristocrático, que suena á monedas de oro y á frufuteos de sedas. Los que han habitado París saben que lo más principal de la Ciudad-Sol emigra de allí en este tiempo: es una ola de elegancia y de riqueza que refluye hacia las playas azules de Lyon y de Génova. A través de las llanuras enormes de Francia, ante los ojos, siempre un poco admirados, de los guarda-agujas, los grandes expresos pasan trepidantes y veloces, con sus largos coches comedores y sus vagones-camas, donde nunca falta el perfil impassible de un inglés asomado á una ventanilla. Tiene el otoño, con sus campos amarillentos y sus días sin sol, la tristeza de un adiós y el misterio brujo de las penumbras. En estas tardes húmedas en que la brevedad del crepúsculo y el treno somnifero de la lluvia parecen hablarnos de cosas que han sido, sentimos con más intensidad que nunca el deseo de amar, de tener cerca de nosotros una mujer á quien repetir esa canción sagrada que llama á la vida. Los viajes exacerban este anhelo. Nada tan dulce como hablar de amor yendo en ferrocarril; es algo que aturde, que nos pone fuera de nosotros mismos, porque la conciencia se desdibuja aturdida bajo la sempiterna renovación de escenas y paisajes; corre el cuerpo hacia el horizonte, vuela el alma hacia la ilusión...

Responden á tal necesidad las elegantes vendedoras de olvido que, durante los meses otoñales, ambulán por las principales estaciones francesas: Burdeos, Tolosa, Rennes, Orléans... Son avecillas de paso, palomitas de amor. A lo largo de los andenes se las ve ir y venir en actitud expectante, las lindas cabecitas tocadas con sombreritos redondos de fieltro rojo, los ondulantes cuerpos metidos en largos gabanes de paño gris. Cuando llega una «rápido», las tentadoras se detienen, mirando á los vagones con ansiedad, cual si buscasen un rostro amado: su andar es gracioso, sus piecitos peregriños golpean con ágil andar el asfalto bruñido del andén, la brisa traviesa alborota los rizos negros ó rubios de sus frentes, y en la bonitura de sus semblantes empalidecidos por las largas vigiliás sus bocas prometen alegrías. Desde sus vagones los viajeros las observan curiosos, y en sus corazones, lentamente, la hoguera de los deseos va encendiéndose. ¡Es tan interesante, tan novelesca, la silueta de una mujer que aguarda... Ellas lo saben, y también explotan el fastidio de los aristócratas que viajan solos, aburridos de no tener con quién hablar, inquietados secretamente por el *confort* voluptuoso (*confort* de alcoba) de los coches-camas.

De pronto, la joven vuelve la cabeza; de un *sleeping* acaba de descender un viajero elegante, en cuyo meñique izquierdo resplandece un incendio de piedras preciosas. El desconocido se acerca:

- Señorita...
- Caballero...
- ¿Esperaba usted algo?
- Sí... No... ¿Por qué?
- Yo voy á Marsella.
- ¿Ah?
- ¿Quiere usted acompañarme? No nos aburriremos.

Ella, mientras le examina con sus ojos expertos y prácticos, finge vacilar para acrecer con la duda la tentación. El insiste; un poco... un poco nada más... Y la palomita de amor tiende sus alas. Un momento se les ve reír, asomados á una ventanilla de su *vagón-lits*; después se retiran, cierran el cristal, y el coche, con sus cortinillas corridas discretamente, pasa ante los pequeños andenes provincianos como un misterio.

Y á la mañana siguiente, cuando el desconocido deja á la joven en el andén de llegada, *Ella*, en vez de marcharse, permanece allí mirando á todas partes, esperando á que otro viajero la aborde.

- ¿Quiere usted venir á Bayona, á Pau, á Morbihan?
- Como usted quiera...
- Vamos...

Y otra vez aparece su carita pálida de labios loquescos asomada á otra ventanilla, y su cabecita torna á desaparecer en la lejanía bajo las grandes volutas de humo que se convulsionan sobre el tren.

¡Palomitas de amor! Vosotras que habéis llevado á tantas almas aburridas una hora de paz, constituís uno de los encantos más poéticos de la estación otoñal, porque merced á vosotras son caminos de Citeres todos los caminos de Francia. ¡Palomitas de amor! Sólo vosotras poseéis ese hechizo adorable, dulcemente melancólico, de las cosas que pasaron á nuestro lado nada más una vez.

Eduardo ZAMACOIS

EN NOVIEMBRE

*Al llegar este tiempo, no hay poeta,
llorón y quejumbroso,
que no empuñe la lira y lance al viento
con lastimero tono,
frases que hasta conmueven á las piedras
y hacen que se humedezcan nuestros ojos.*

*¡La tumba fría! ¡En el el sepulcro helado!
¡El invierno y la muerte! ¡El triste soplo
del sepulcro!... son títulos que vemos
en todos los periódicos
para helarnos la sangre y aburrirnos
bastante más de lo que estamos todos.*

*Cesen, poetas, vuestros cantos fúnebres;
el tiempo es triste, sí, lo reconozco;
mas las hojas caídas, que en sus giros
anuncian la llegada del otoño,
también nos dicen que el sabroso fruto
recogimos gozosos;
que el vino se cerró en nuestras bodegas,
(vamos, en las bodegas de los otros);
que hay chuletas de cerdo
y rica longaniza en los ventorros;
que de noche se está, junto á la lumbre,
muy bien, y, sobre todo,
que siempre ha habido inviernos y veranos,
primaveras y otoños...*

*Dejad á los difuntos en sus tumbas,
que también se divierten á su modo,
puesto que, al fin y al cabo, ya sabemos
que son más calaveras que nosotros.*

José RODAO

REGALO Á LOS SUSCRIPTORES EL 10.106

Este es el número de la próxima Lotería de Navidad que FLORES CORDIALES regala á sus suscriptores.

Cuanto se hallen al corriente del pago antes del sorteo, tendrán derecho á la participación correspondiente.

LOS INDISPENSABLES

EL BARBERO

Servicial, complaciente, cariñoso,
serio, amable y cortés como el primero,
muy atento, formal, habilidoso...
¡Es un hombre simpático el barbero!

Manejando con arte y con soltura
los peines, «la del cero» ó «la barbera»,
ó al darnos una gran «jabonadura»
ó al mover sin descanso la tijera,
háblanos á la vez de muchas cosas
que ameniza con chistes y ocurrencias
felices, oportunas y graciosas
que no llegan jamás á impertinencias.
Le sabe hablar de todo al parroquiano,
arreglándose siempre de tal suerte,
que aunque en ciertos asuntos sea profano,
en todos los asuntos está «fuerte».

La aguja de «marear» conoce mucho
y sigue la corriente, pues no es tonto;
y en cuestiones de labia es hombre ducho
que «cambia de cristal» á punto y pronto.
Si viene á «embellecerse» un ciudadano
de probado y ferviente monarquismo,
ó si por el contrario el parroquiano
hace gala de su «antidinstatismo»,
el «Figaro» moderno, hombre de mundo,
acredita al momento su gran «vista»
pues tan pronto es monárquico profundo,
como es republicano ó es carlista !
De toros sabe más que «Media Luna»
y en cosas del teatro está al corriente.
No discute jamás de cosa alguna.
¡Siempre opina lo mismo que el «cliente»!
Igual es para todo. De esta norma
no se aparta el barbero verdadero.
¡Con sólo proceder en esa forma
se acredita el «talento» del barbero!

Usando la mayor delicadeza
y poniendo á la vez sumo cuidado,
nos «arregla» y «adorna» la cabeza
con bonito y artístico peinado,
ó nos quita «los pelos de la cara»
y nos riza el bigote con esmero.
Es un hombre que «en pelos» no repara.
¡Apenas es cumplido el peluquero!
Emplea para todos buenos modos
y siempre nuestros gustos adivina.
Por eso al terminar tenemos todos
¡que aumentar sin remedio la propina!

Conviene del «maestro» ser amigo,
ó no probar al menos lo contrario
pues si sabe que «sirve á un enemigo»,
¿quién le libra de un «corte» involuntario?
del que poco le cuesta disculparse,
diciendo que la culpa sólo ha sido
del pobre parroquiano, que sin darse
cuenta de lo que hacía, «se ha movido».
¡Y no hay otro remedio que callarse!

Servicial, complaciente, cariñoso,
serio, amable y cortés como el primero;
muy atento, formal, habilidoso...
¡Es un hombre simpático el barbero!

Por «el jabón»,

Francisco MOYA Y RICO

CANTARES

Azul es lo más hermoso,
porque azules son los mares
y los cielos, y tus ojos.

Los rencores que te guardo
son cristallitos de hielo,
y al calor de tus miradas
están, chiquilla, deshechos.

El que tiene á una ilusión
consagrada la existencia;
prefiere siempre morir
antes que mirarla muerta.

Un día llamó el querer
con fuerza en mi corazón,
y le respondieron dentro:
cerrado por defunción.

La senda de los placeres
la siguen, niña querida,
los que andan por el atajo
del camino de la vida.

La felicidad pasó
por mi puerta cierto día,
la vió cerrada, se fué...
¡y no ha vuelto todavía!

Camino de la desgracia
iba buscando un sostén,
y tan sólo encontré obstáculos
para ayudarme á caer.

Todo se paga en el mundo;
ya te harán á ti pagar
lo que me has hecho sufrir
lo que me has hecho llorar.

¡Dichoso el hombre que tiene
una madre que le adora,
y una mujer que le quiere!

Tú no eres tiple, chiquilla,
que no te aplauden la voz:
¡te aplauden las pantorrillas!

José DOZ DE LA ROSA



La seguiré hasta el fin del mundo, porque cuando yo
me empeño en meter la cabeza, soy testarudo.



LA DIGESTION

Alguien ha dicho que la primera cualidad de un buen diplomático es un buen estómago.

Pero se quedó corto no constriñendo su opinión más que á esos graves y ceremoniosos personajes; un buen estómago es la primera cualidad del hombre á la moderna.

Quizá la causa de nuestra decadencia tiene su origen en la frugalidad española, en el régimen de gazpacho, en el tratamiento por el amarillito garbanzo y la judía, que hacen de cada ciudadano una fábrica del gas.

Tal vez de ese modo gaseoso nace la poca solidez de nuestro Estado.

Diez y seis millones de francos se han comido y bebido los representantes de los diversos pueblos en la

Conferencia de la Haya; ni un franco menos, si no mienten las estadísticas.

Los filósofos moralistas, ponen el grito en el cielo (hay que advertir, que un adagio árabe, comparando los hombres y la gallina, dice que cuesta menos trabajo poner el grito en el cielo, que poner un huevo en el suelo); los filósofos suelen ser gente inútil; prescindamos de la filosofía, y confiemos nuestros asuntos á la gente de buen estómago.

Un negocio rociado con buen vino no puede salir mal. El funesto Tratado de París, por el que perdimos todas las colonias, se hizo á palo seco: ni un mal arroz á la valenciana; ni un mísero bacalao a la vizcaína; ni, siquiera una patata á la manchega degustaron los americanos. No podían formar un gran concepto de nosotros.

Ahora ha sucedido lo mismo; los únicos representantes, en la Haya, que no dan dado un banquete han sido los españoles. No llevaban suelto para pagarlo



Y el ejemplo de lo que pueden discernir los estómagos tan antiguo como el mundo: desde César, que mandó degollar á su repostero, por haber servido á sus convidados, caudillos de las Galias, un pan diferente del suyo, hasta Nogi, que rompió una botella de champagne en el primer cañón que disparó sobre Puerto Arturo desde la colina de los 200 metros, el estómago es el gran motor del entusiasmo y el iniciador de las victorias.

En 1815, cuando el Congreso de Viena se reunió en un banquete para tratar de la desmembración de la Francia, se suscitó á los postres una controversia sobre los quesos. Suiza proclamó su Gruyère, de ojos redondos; Italia, el pastoso parmesano; Inglaterra, el Chester; Talleyrand, que representaba á los franceses, presentó el Brie, dió á todos el queso y Francia se salvó.

Pues qué, si los solidarios, en vez de rompernos los oídos con sus peroratas, repartieran á domicilio en-

hustos salchichones de Vich ó sendos rosarios de butifarra, ¿no reconocerían todos los españoles que son una raza superior en embutidos?

Destruyamos la leyenda de nuestra sobriedad y europeicémosnos digiriendo.

Esculpamos en nuestras escuelas los verdaderos axiomas de la existencia.

Tripas llevan pies.

De la panza sale la danza.

El dolor de estómago y el propósito de la enmienda son incompatibles.

Más vale mucho y bien guisado, que poco y crudo.

Una buena digestión da á un alma la salvación.

Los manjares son como los hombres de-talento: el mundo los masca, les extrae el jugo y luego los entierra para que no huelan. Toda la vida se resume en eso: en los cementerios con inodoro.

Luis BERMUDEZ DE CASTRO.

BELLOTAS DULCES

I

Era Lola una maja graciosa y linda, tan risueña y alegre como la aurora, con unos labios rojos como la guinda y unos ojos tan negros como la mora.

Cortejábala gente de ilustre cuna, mas ya el amor tenía de aquella maja un joven barberillo sin más fortuna que el peine, las tijeras y la navaja.

También rondando estaba frente á su puerta el viejo petimetre Don Telesforo, que tenía una boca como una espuerta y una nariz lo mismo que la de un loro.

Mandábala billetes, dulces y flores, regalos que la maja no recibía, pues el rico tesoro de sus amores sólo al pobre barbero pertenecía.

De San Eugenio el día claro y sereno, vió amanecer alegre la linda Lola, y el joven rapabarbas de gozo lleno corrió al momento en busca de su manola.

A ellas envidia dando y á ellos enojos, radiante de hermosura salió Lolilla, lanzando resplandores sus negros ojos á través de la blonda de su mantilla.

También cuando lo supo, loco por ella, corrió al Pardo el vejete Don Telesforo, dejando de perfumes oliente huella y apoyado en su caña con puño de oro.

II

Una hermandad había, pobre y modesta, que á las ánimas daba culto sencillo y aprovechaba el día de aquella fiesta para que echaran cuartos en su cepillo.

Las ánimas tenían aceite escaso y porque no estuviera su altar obscuro, pensaron los cofrades salir del paso siendo una rifa un medio pronto y seguro.

Un cesto de bellotas dulces y frescas rifaba aquella tarde la cofradía, y Lola, con sonrisas muy picarescas, á todos papeletas les ofrecía.

—Todas han de ser mías, comprarlas quiero, nunca con mi bolsillo temí derrotas, y aunque por ellas pague mucho dinero mío será el cestillo de las bellotas.

Así dijo el vejete, mientras lanzaba una mirada á Lola de amor ardiente, tomando los billetes que ella le daba y aflojando la bolsa muy lindamente.

Dueño ya del cestillo, feliz y ufano, se le ofreció á la maja con grato anhelo, que cuando ya la cesta tuvo en la mano, sonriendo le dijo:—¡Gracias, abuelo!

III

Aquella noche misma, la bella Lola, vacía de bellotas dejó la cesta; pero la linda maja no estaba sola, que á sus dulces palabras alguien contesta.

El barberillo hablaba y ella reía por si una sale buena, por si otra es vana, y á todo esto el vejete se retorció mirando por los vidrios de la ventana.

—¡Con qué gusto las mandan!—dijo afligido. La diré cuatro frescas cuando se asome; ya de mi mala suerte me he convencido; yo pagué las bellotas y otro las come.

¡Ay de mí! ¡Quién gozará de igual deleite!

Ya presenciar no puedo tanto jolgorio.
¡Gracias á que con esto tendrán aceite
las ánimas benditas del purgatorio!

Juan REDONDO Y MENDUINA.



TERESA ACERO

Una joven, honrada y bonita, que mantiene á su madre, imposibilitada, y que muere aplastada bajo las ruedas de un automóvil, es siempre suceso que conmueve á la opinión pública.

Teresa Acero, que así se llama la víctima de que tanto se ha ocupado la prensa diaria, trabajaba como modista en el taller de confección que madame Marín tiene establecido en la calle de Alcalá.

Salía Teresa de su labor acompañada de otra amiga, y, al atravesar la vía, vió venir dos carruajes: intentó apartarse, pero ya era tarde; el automóvil dió un topetazo á la infeliz que cayó al suelo, quedando bajo el vehículo, que magulló sus sonrosadas carnes.

Conducida Teresa á la Casa de Socorro de Buenavista, falleció á los tres minutos, dejando un hogar vacío y una anciana clamando por su desgracia.

Ha muerto á los veintiún años, en la primavera de la vida, cuando le sonreían las ilusiones.

Era hermosa: de tez morena, de grandes ojos rasgados, de óvalo perfecto, de formas admirablemente proporcionadas.

La vimos, cayendo sobre el pecho, rojo de sangre, la abundante cabellera.

El retrato que FLORES CORDIALES ha podido recoger, es el último que se hizo la infortunada Teresa, pero no da idea completa de los encantos de la que ya salió del mundo de los vivos.

En dicha fotografía se lee esta fraternal, tiernísima dedicatoria:

«No olvides jamás el profundo cariño que te profesaba tu hermana.»



Ella.—¿Pero te atreverás á ir á casa de la marquesa con esa pechera? ¡

El.—¿Y ¡tú?

BADOMÍAS A LAS EMPRESAS DE TEATROS

(ANUNCIO QUE PUEDE INTERESARLAS)

Yo tengo un amigo autor dramático que no ha logrado estrenar ninguna de las cuatrocientas obras que ha escrito. Mi amigo ha terminado otra, que él llama su *obra maestra*. No me la ha leído, pero me ha contado el argumento, suplicándome que lo traslade á las empresas teatrales, por si hay alguna que lea siquiera los argumentos de las obras de los inéditos, y que quiera salvar la temporada, aceptando un drama hermosísimo...

Allá va el argumento, tal como me lo refirió mi amigo.

—En mi drama — me dijo — están compendiados todos los procedimientos y todas las escuelas desde el origen del teatro hasta hoy. La tesis del drama es ésta: El matrimonio es tan pesado como el binomio de Newton. — Esto es Echegaray puro.

Como está en moda lo verdécito, mi drama lleva este título: *La Lechuga ó La danza de los suspiros*. (Me parece que es bastante verde.)

La acción se desarrolla en España, durante la dominación visigótica.

Homobono es un cobrador de la Sociedad visigótica de los tranvías eléctricos llamada La Tortuga. (Hoy la llamarían *El Cangrejo*.) Está casado con la Cava, una real moza, hija del Sr. Sorbecirios, sacristán mayor de una iglesia arriana, y hermana de otra Cava pequeñita, chatilla y regordeta. Los vecinos las llaman la Cava alta y la Cava baja, respectivamente. La alta engaña á su marido con un príncipe gótico. (Esto es Benavente puro.) En la iglesia arriana presta sus servicios un monaguillo, á quien el padre de las Cavas despiere, por hallarle los bolsillos llenos de cabos de vela. El monaguillo decide vengarse del sacristán en la persona de la Cava alta, y da fin al primer acto, con estos sencillos versos:

—Por la expulsión de ese ente,
no puedo especular decentemente.
Pero él expenderá las raspaduras
de las velas... Pues, su hija, las asaduras
perderá... Yo al cobrador
le diré que han tiznado ya su honor...



En el segundo acto, el monaguillo entrega á Homobono una postal escarchada y bordada con pelo del príncipe gótico, con la que éste da una cita á la Cava. Y dice:

—Del *expres continental*
á donde va ese indecente
me dió ayer un dependiente
esta tarjeta postal...

—¡Rediez!... ¿Qué es eso?

(Dice el cobrador mirando la postal.)

—Homobono...

—¿Tan basto cual la espadaña?

—Pues que está usted haciendo el mono
porque su mujer le engaña...

Homobono, al enterarse de su situación, pone el grito en los cuernos de la luna, por parecerle éstos digno lugar de su grito. Después exclama airado:

— ¡Dios arriano!!...
Ya que eres arriano ú arriero,
azota á ese hombre artero
y siéntale la mano...

Después se pone á meditar sobre su situación y sobre un banco, y recita:

—¿Con que también tú, impura,
mancillaste mi honor?
Pues, á pesar de mi eternal blandura,
sabrás muy pronto quién es este cura.
¡Todos se acordarán del cobrador!...
Te debo matar por mala,
mas ¿cómo te mataré?
¿Con arma blanca ó con bala?
Lo pensaré...

En seguida se yergue, y rápido como la tramitación de un expediente, terrible cual un policía cesante, más desesperado que un tabernero cerrado, se arroja sobre la plataforma de un tranvía, quita el freno á este y á su prudencia, y se dirige vertiginosamente á su casa, atropellando en su carrera dos personas y un ex ministro. (Ya se sabe que un ex ministro es... un personaje.)

Antes de llegar á su casa, y para probar sus fuerzas, entra en una taberna y derriba dos docenas de chicos. Al salir, ve pasar al amante de su mujer, y le sigue y le observa. El príncipe lleva ambas manos ocupadas, en la una ostenta un mendrugo, y en la otra una cebolla. Es el símbolo de su amor... No crean ustedes que es picante, porque la cebolla es dulce...

Homobono penetra en su casa, que es un almacén de vinos y aceites. La tienda es reducida, pero la trastienda es tan espaciosa como inútil. Homobono se ve burlado á pesar de su trastienda. En ésta ve al príncipe jugando escandalosamente á las damas, y comiéndose una por medio de una trampa. Al aparecer Homobono, el silencio más mudo y elocuente se deja oír... Sobre la mesa revolotean el pavor, la ira y un moscardón... La Cava alta toma un sorbo de agua; Cuenfate, ó sea el príncipe gótico, toma tripita y Homobono toma su reso-

lución: coge un machete para matar á los adúlteros; mas vacila, y en este intervalo la Cava alta le dice:

—¿Tú sabes lo que intentas desdichado?
¡Matarnos! ¿Tú sabes lo que dices?
Matarás nuestros cuerpos, despiadado;
y nuestras almas se unirán felices
libres en el espacio immaculado,
dejándote dos palmos de narices!...

Homobono se queda aterrado: si los mata, se la pegan; si los deja vivir, también..

¿Qué hacer, Dios santo, qué hacer? Y cae el telón...
¡Si no se cae antes el teatro! Cosa no muy posible, porque nuestros teatros han dado muestras ya de mucha resistencia, con motivo de algunos estrenos.

El Bachiller CORCHUELO.



ESCENAS ALEMANAS

Moltke.—Dame tu tambor.

El soldado.—Señor, me vais á estropear el parche.

La dama.—Yo mientras tanto me chupo el dedo.

LOS INÉDITOS

En esta plana insertaremos semanalmente los trabajos de los jóvenes que empiezan á abrirse campo

AL DESPERTAR

Sobre el lecho en desorden donde soñó unas horas
muestra tibio y desnudo su cuerpo tentador,
y en sus carnes macizas, sus carnes gozadoras,
canta y ríe el amor.

Los rayos matinales se quiebran en el lecho,
el cielo está tranquilo como un manto de tul,
y ella mira á la altura y dilata su pecho,
embriagada de azul.

Está muda, está quieta, con el rostro marchito,
bebiendo la luz que entra del ancho ventanal,
y en sus ojos insomnes hay algo de infinito,
atrayerente y fatal.

¿Qué mira? ¿Adónde marchan sus ojos errabundos?
¿Qué países de ensueño quisiera recorrer?
Está muda, está quieta... está en lejanos mundos
y no ansía volver...

Se acostó triste y sola, soñando con el hombre,
con un hombre impreciso que su mente creó,
de varoniles rasgos, de belleza sin nombre...
y el hombre no llegó.

Se acostó triste y sola, contando las estrellas,
pasó toda la noche en insomnio tenaz,
soñando sin dormirse, reteniendo las huellas
de su ensueño fugaz.

Ahora, queda en un éxtasis, mira con embeleso
una visión ignota que la hace sonreír;
se incorpora, vidente; lanza al vacío un beso...
y se vuelve á dormir.

Germán GÓMEZ DE LA MATA

¡DAR LA HORA!

Vive en el cuarto tercero
de una casa que visito,
un antiguo relojero
natural de Don Benito;
el cual tiene una mujer
tan linda y tan retrechera,
que es muy capaz, á querer,
de volver loco á cualquiera,
pues tiene un modo de andar,
un talle y un contoneo,
capaces de emocionar
hasta al Cristo de la Seo;
tiene un modo de reír,
y unas mejillas de grana,

que.. en fin, básteme decir
que la chica es sevillana.
Pero es el tal relojero
un artífice infernal,
tan malo y tan chapucero
que todo le sale mal.
Reloj que logra coger
sale siempre destrozado:
jamás ha podido ver
un reloj bien arreglado.
Así es, que no es de extrañar,
que tenga su casa llena
de relojes sin andar
sin ninguna pieza buena;
de relojes que no dan
las campanadas debidas;

MODERNISMO

JAUDIGARIA

El cielo está triste, muy triste, grisáceo;
el sol ya se pone, es un sol malváceo;
mi alma coruscante, flúida, opalescente,
llora por Jacinto, que ha perdido un diente.
Es en la otoñada; las hojas caídas
lloran sin consuelo, lloran por sus vidas;
óyense á lo lejos ladridos quejosos,
ladridos de perros de ojos legañosos;
por el triste parque, solo, abandonado,
á pasos ligeros yo me he paseado,
y en estos momentos en que paseaba
mi cerebro amargo pensaba y pensaba.
... De lejana esquila llega á mí el sonido.
¿Quién toca la esquila? ¿Quién lo ha producido?
No lo sé, y en vano averiguarlo intento;
me encuentro cansado, veo un banco, me siento.

.....
Continúa la esquila sonando y sonando,
y de su sonido me voy ya cansando;
sigue mi cerebro muy fijo en su idea,
una idea horrible muy triste y muy fea;
óyense á los perros quejarse á lo lejos
con ladridos fúnebres de espantables dejos,
y las pobres hojas continúan llorando,
porque están caídas y amarilleando;
Y por aquel diente mi alma está afligida,
que es mi alma de esencias, de ópalo, flúida.
... La noche es cerrada, el cielo grisáceo,
El sol ya se ha puesto, ¡era un sol malváceo!

Juan DE ULLOUGA

en fin, que todos están
con las máquinas perdidas.
Y hay también muchos de ellos,
de esferas encantadoras,
que son por fuera muy bellos,
pero que no dan las horas.
Así es que ya tengo oído
á mucha gente decir,
— y yo mismo convencido
lo he llegado á presumir—,
que en casa del relojero
la única que *da la hora*
es, según lo que yo infiero,
su bellísima señora.

Joaquín MACÉN CARRICA

A CALA

Pues, señor, en una ocasión yendo ministros y viendo ministros, hubo uno que encargó á los jefes de policía la tarea de admitir y calificar á los que aspiraban á ser agentes.

Había entre éstos uno que tenía cara de listo. El jefe le llamó y le dijo:

—Rodríguez, tiene usted veinticuatro horas para averiguar lo que pasa en el cuarto principal del número 52 de la calle de la Sartén. Y mañana á estas horas, si me da usted buena cuenta de esta comisión, entrará usted en el Cuerpo. No le digo más.

La fisonomía, de ordinario impasible, del aspirante, expresó en un momento cincuenta cosas, sobre todo la gana de tomar dinero.

—¿No puede usted darme el nombre de ese sujeto?

—No, señor; averígüelo usted.

Media hora más tarde se presentaba Rodríguez en el 52 de la calle de la Sartén.

La portera le detuvo.

—¿A dónde va usted?

—Al principal.

—No está el señorito.

—¿No está Don José?... digo Don... ¿esto sí que es gracioso! Se me ha olvidado el nombre. (Pausa.) Pero es igual, le traigo un encargo de un pariente suyo.

—Pues vuelva usted mañana.

—¿No vendrá á comer?

—Casi nunca viene.

Rodríguez se marchó refunfuñando.

—Soy un ganso. Hubiera debido pensar que ese hombre y su familia y la portera están ya prevenidos por mi jefe para que no pueda entrar en la casa más que por la chimenea y para que nadie me diga una palabra. ¡Si no, no tendría gracia!

Y Rodríguez sacó le petaca y se puso á liar un cigarrillo con mucha calma.

* * *

Apenas entró en su despacho el comisario al día siguiente, preguntó:

—¿Ha venido Rodríguez?

—Sí, señor.

—Que pase.

Y en cuanto le tuvo delante, le dijo:

—Amigo mío, me ha dado usted chasco. Ya sé que no pasó usted del portal.

—Perdone usted. Es verdad que no he terminado la comisión; pero la terminaré antes que pasen las veinticuatro horas.

—¿Si faltan veinte minutos!

—Ayer estuve en casa de su amigo de usted.

—No es amigo mío.

—Me abrió la puerta una criada muy rubia que llevaba un delantal de cuadritos azules y blancos.

—La habrá visto usted en la calle al ir á la tienda.

—Me hizo pasar á la sala, que tiene dos balcones, un piano de mesa, cuadros de batallas y el retrato de la señora.

—Es verdad. Pero si allí no estuvo ayer más que..

¡Ah! ¿Era usted el cura?

—Sí, señor; el cura nuevo de la parroquia que iba reclutando niños y sirvientas para las pláticas de los domingos.

—¡Bravo, Rodríguez! ¡Eso merece un «aprobado».

Por lo pronto, dí un caramelo al niño que traía la señora de la mano; y la señora no se lo dejó comer, lo tomó y lo guardó.

—¿Y qué?

—Que el niño no lloró.

—¿Y qué?

—Que el padre debe ser un señor con toda la barba; cuando la madre no se atreve á dar al niño golosinas, y

el chico no se atreve á enrabiarse ¡buen miedo deben de tenerle!

—Muy bien, Rodríguez; eso merece un «notable». Siga usted.

—La señora llamó á la criada rubia, y al decir la muchacha que no sabía la doctrina, la señora cargó la mano en los aspavientos. «¡Pero, mujer!» «¡Parece mentira!» «¡Qué padres!»

—¿Y qué?

—Por donde vi que la señora no ve con buenos ojos á la criada; pero no se atreve á echarla. ¡Si tendrá toda la barba el caballero!

—¿Y la criada? ¿Qué dijo?

—La criada no se insolentó. De manera que el caballero no ha pasado todavía á mayores.

—Rodríguez, merece usted un «sobresaliente». Cuento usted con la plaza.

Rodríguez miró al reloj del despacho y continuó:

—Muchas gracias. Además de usted para mí, esa señora vale mucho más que la criada, y á mí me ha llenado el ojo.

—Sí, ¿eh?

—Sí, señor. Y más le diré á usted. Yo le he gustado á ella.

—¡Mentira! ¡Queda usted suspensol Y le voy á dar á usted dos patás en la tripa...

—¡Un momento! —gritó Rodríguez, viendo levantarse iracundo al jefe—. Allí no hay ningún retrato del caballero, pero yo saqué la sospecha de que el marido era usted. Recuerde usted que le he dicho que antes de las veinticuatro horas acabaría mi comisión; de algún modo había de sacárselo á usted del cuerpo. Ahora, para que vea usted que yo respeto á su señora, le aconsejo que eche á la criada.

El comisario abrazó á Rodríguez, diciéndole:

—Pero vamos á cuentas: ¿qué quiere usted ser? ¿policía ó padre cura?

—Policía, policía... Los curas no sirven para estas cosas.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.



—Oye, Lolita, guarda á tu marido...

Mira que me hace el amor.

—Vivo tranquila: es inofensivo.



Sra. Cobeña.

Teatro de la Princesa.—*Los ojos de los muertos.*

Sr. Morano.

TRAMOYA TEATRAL

—Vamos á ver, amigo tramoyista, tú vas á enterarme hoy de las cosas teatrales de la semana.

—Yo tengo mucho de *plaisir*...

—¿Sabes francés?

—Voy *pa* guardia del orden.

—Arrea, pero en español.

—Pues *La bandera coroneta* de Apolo, ha servido á *Tancredito* para tomar la *revanche*.

—Habla claro. ¿Quién es *Tancredito*?

—El chico de Maura, como si dijéramos el Niño Dios.

—¡Hola!

—Verá usted: Perrín y Palacios escribieron *Cinematógrafo nacional*. Allí sale Don Antonio, si yo no estoy *tr ompé*, bailando manchegas ú tomándose medias *ententes cordiales* de vino. El muchacho, cogió hinchá á los autores, llegó *La bandera coroneta*, obra pateable, desde luego, y *Tancredito* buscó quince amigos que estropearon medias suelas. El público quería oír, á pesar de lo mal zurcido de *La bandera*, y vino el escándalo, que apaciguaron mis futuros colegas.

—¡Caramba! ¿Y por qué le llaman *Tancredito*?

—¡Velay! El alma mía, siente inclinación á los toros, y le ha dado por el pedestal, á disgusto de papá, que trae de cabeza al 14.º tercio de la Guardia civil con órdenes de que corten la suerte al simpático retoño.

—Ladea el asunto, y sigue.

—*Los niños del Hospicio*, de Price, salieron á flote, y eso que no intervino Pablito Becerra.

—Cuenta...

—Tiros, robos, traición, duelos, asesinatos y las butacas chorreando agua, de la gente que llora. ¡Ah! Jover y Valentín, padres de *Los niños del Hospicio*, se han portado admirablemente. La señora Santoncha y las señoritas Solís y Gómez, complicadas en la terrible trama, triunfaron. Robles, y Vico, y Soriano, y Armengod, ovacionados...

—Adelante.

—Lara. Linares Rivas, gran arquitecto de Talía, fabricó un *Nido de águilas*, que ya, ya. La madre que se empeña en casar á la hija con un título ha servido á Linares Rivas de motivo á la sátira punzante, dorada á fuego, vestida de galas retóricas que alivian del cintarazo. Llenos completos todas las noches. La hermosa Nieves Suárez, genial, incomparable. Clotilde Domus, ingenua, acariciadora: es el dulce, el cabello de ángel, de la *bombonière*. ¡Me la comía!...

—Dobla la hoja, tramoyista.

—En el Gran Teatro han hecho *El primo*. Benavente, soltó á Salvat la comedia que escribió á raíz del destete y, claro, *El primo Román* marchó al foso. Don Jacinto entregó al Salvat infelice lo que seguramente sabía que no cuajaba ..

El chico de la imprenta que viene buscando urgente las cuartillas interrumpe la información.

De suerte que le suspendo al tramoyista la palabra, y rogándole á *Tancredito* pida al presidente del Consejo la credencial de *guindilla*. para el que le ha hecho la *réclame* tauromáquica, termino prometiendo ocuparme la próxima semana del Español y del Real.

JUAN JOSÉ.

OYE...

Oye, fúlgida estrella de la mañana, mujer irresistible, grácil, turgente, huri de las huries, reina esplendente, rosa de grato aroma fresca y lozana.

Oye... luz de mis ojos, visión divina, adorable, atrayente, suave, hechicera, ensueño vaporoso de primavera, astro que me deslumbras, luz matutina.

Oye... ideal capullo de flor hermosa, Venus que me fascinas con tus hechizos, mitológica forma de rubios rizos, escultura celeste, ¡oh, ebúrnea diosa y alegre como el gesto del mismo Bacol!...

Oye... ¿me das dos reales para tabaco?

Enrique YUSTE

BUZON

E. B. y A.—*Magaz.*—Aquí no ha llegado el *Idilio*. Se habrán entretenido con él Cambó y Maura.

D. L. M.—*Toledo.*—Este le ha salido algo pesado. Y el caso es que usted tiene gracia. A ver, á ver...

J. P.—*San Martín (Cádiz).*—Si en vez de *Cualquier cosa*, hubiera usted mandado longaniza, la insertaríamos. El público le hallaría más substancia. Déle vueltas al fósforo, que ya saldrá.

M. S.—*Logroño.*—¿Que «paraguas» es verbo? ¡Baja, Manuel!

Granito de Oro.—Pamplona.

«En el jardín de su casa
pasea la linda Tomasa,
de pronto sin saber que le pasa
chilla alegre, todo se convierte en risa
corre á la hermosa avitación
y se le vé venir con un papelón
se fijá en todo con atención
mirando á los papeles en cuestión.»

Siga usted, alma mía.

Nelo.—Varios de sus cantares fueron en el número siete. ¿Es que está usted dormido? *Modernismo* cuaja.

J. M. C.—Irán, pero tenga paciencia.

J. G. de C.—Poca originalidad *A altas horas*.

J. A. V.—Mucha prosa, aunque bien escrita. Busque asuntos movidos.

A. S.—Aunque estamos de prosa hasta los topes y padecemos plétora de artículos, como su *Aventura* me peta, trataré de publicarla.

T. C.—*Toledo.*—Duda usted de que sea poesía su composición, y hace bien en dudarla. Seguramente que no siente lo que ha escrito—abominando de la hermosura de una mujer—en versos flojos y estrofas mal construidas.

Inspírese mejor y cuide más la forma. Como ve, es muy poco lo que le exige.

M. R.—*Córdoba.*—¡Qué aficionados *sois ustedes* los andaluces á los cantares!

¿Con qué guitarra cantaría el que empieza:

En momentos de enfado
mi chiquilla dice:
Tú me has olvidado
al par que me maldice...?

Con una muy destemplada, ¿verdad?

Otelo tercero.—¿Usted cree inofensivos los *versos* que le ha sacado al *Zaranda* de Miranda? Pues yo los considero fulminantes, y no se los disparo; no quiero ser cómplice del abominable crimen que usted intenta contra el fecundo escritor.

Y en gracia á mi seguridad personal, no he querido examinar los demás explosivos. ¡Anarquista!

N. V.—*Mallorca.*—Estamos animados del mejor deseo y dispuestos á ayudarle eficazmente; para ello debe usted ofrecernos ocasiones propicias. Dada la índole de nuestro semanario, no encaja en él su correcta prosa, sobrado lírica y sentimental. Cambie de tema, cultive la nota cómica y alegre, trabaje con sosiego y tenga en cuenta que la abundancia en la producción es siempre en perjuicio de su bondad.

Arga... con gapar.—Sí, con la rapidez de su rápida van al «Cesto de la Calamidad literaria»—que usted dice—sus versos y su prosa, agradeciendo, no obstante, las aduladoras intenciones de ésta.

López Mira estima su afectuoso recuerdo, y yo le digo, anticipando el Carnaval: ¡No me conocel

Pindaro.—Reconocido á sus ofrecimientos valiosos, me prometo aprovecharlos llegado el momento oportuno. Muchas gracias.

Veo que gusta de los clásicos; yo lo celebro; pero si quiere honrar este semanario con su ilustrada colaboración, acuérdesse más del festivo Anacreonte que del impetuoso Ovidio, sin olvidar los consejos horacianos. Lo que me manda, alude al título del periódico y no puedo publicarlo; haga otra cosa con regocijada vena y mucha calma, y ya veremos.

M. de C.—*Zaragoza.*—No versifica usted mal del todo, pero sus coplas son algo ramplonas. Lo mejor de su envío es el final, cuyas quintillas no aprovecho por el bombo al periódico. Gracias y á otra, que usted ha de acertar.

Thu Hohalm.—¿Me ofrece una serie de cuentos infantiles? Se ha equivocado usted. Diríjase á Calleja, que seguramente no se los edita, porque es muy escrupuloso en materias de ortografía.

ROLANDO.

Los grabados de este semanario, son de Durá y Compañía.

ALQUILERES

CINEMATÓGRAFOS
OPORTUNIDAD

Aparatos casi nuevos, á precios sumamente baratos. Alquiler de películas. Fuster y Alicart, León, 38, 2.º, Madrid.

SOLUCION BENEDICTO
de glicerofostato
de cal con
CREOSOTAL

Para curar la tuberculosis, bronquitis, catarrros crónicos, infecciones gripales, enfermedades consuntivas, inapetencia, debilidad general, neurastenia, impotencia, caries, raquitismo, escrofulismo, etc. Frasco, 2,50 ptas. Farmacia del Dr. Benedicto, San Bernardo, 41, Madrid, teléfono 634, y principales farmacias.

FLORES CORDIALES

SEMANARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑOLES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

Número suelto, 15 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana..... 120 pesetas.
Media ídem..... 60 »
Cuarto de ídem..... 35 »
Octavo de ídem..... 20 »
Segunda plana..... 100, 50, 25 y 15 »
respectivamente.
Tercera plana..... 90, 45, 20 y 10 »
Anuncios breves.—Línea corriente, 50 céntimos.

COLABORACIÓN

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea fuera de la plana titulada «Los inéditos».

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, en forma encuadernable y traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales, cuentos que tendrán una extensión de 30 ó 40 páginas en 4.º menor.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.